

Historia de las ideas morales

IX

El estoicismo y la civilización greco-romana

En el movimiento humanitario griego han de distinguirse dos épocas: la filosófica antes de Alejandro y la filosófica después de Alejandro, la filosofía política y completamente griega y la filosofía cosmopolita y enteramente humana.

Aparte de ciertos principios muy generales que exceden eviientemente el círculo de la filosofía política, ¿qué hicieron Sócrates, Platón y Aristóteles, sino expresar el ideal del Estado y del ciudadano?

Los legisladores y los llamados los siete sabios hicieron nobles esfuerzos, no solamente para establecer el reinado de la justicia y la igualdad en el Estado, sino también para desarrollar en él todos los gérmenes de esa sociabilidad o de esa filantropía natural que no permite al hombre ser indiferente y extraño al hombre. La filosofía no tuvo más que marchar en esta vía abierta por el genio de las poblaciones helénicas.

Pudo equivocarse con frecuencia sobre los medios de estrechar entre los miembros del Estado los lazos de la solidaridad social y de la fraternidad; pero la idea que se formó de las relaciones mutuas de los ciudadanos es tan verdadera y sólida, que ha podido extenderse, pero no cambiarla.

A partir de aquel momento, la perfección de una sociedad fue a los ojos de los pensadores lo que es aún para nosotros. *Una sociedad verdadera es una comunidad de iguales; de hermanos*, según la inmortal definición de Aristóteles, y esta comunidad sería perfecta si todos tuvieran un mismo corazón y un alma, de modo que se fuese tan sensible a los bienes y a los males ajenos como a los personales. Estos principios continúan encerrados en el recinto de la ciudad, y en eso consiste el defecto de la filosofía anterior al estoicismo. Sin embargo, pre-

ciso es reconocer en ella todos los rasgos esenciales del verdadero derecho y de la verdadera humanidad.

No obstante, mientras esas relaciones de justicia, de igualdad, de libertad y de unión no existan entre los pueblos, como entre los ciudadanos de un mismo Estado, no habremos llegado más que a una semicivilización, a una semihumanidad. Aristóteles y Platón, admitiendo que la sociedad está hecha para la paz y no para la guerra ni la conquista, estaban en la vía del derecho internacional, del derecho humano; pero se detuvieron a la mitad del camino: Platón, no se sabe por qué razón; Aristóteles, porque se había obstinado hasta lo absurdo en la idea de la superioridad natural de los griegos sobre los bárbaros. Ello es que ambos se estancaron en el concepto de la patria griega y de la solidaridad exclusiva de las ciudades helénicas.

La lógica de la conciencia quedaba detenida y falseada, en los más grandes genios, por consideraciones políticas o por preocupaciones nacionales, y hasta en los mismos filósofos hallamos la desconfianza y aun el desprecio y el odio de los extranjeros. Verdad es que Platón no llega hasta prohibirles la entrada en su República; les exime de las humillaciones de que eran objeto en las ciudades griegas, aun las más liberales, pero les priva de permanecer en la ciudad pasado un término señalado, con la vana esperanza de conservar una perfección y una pureza quiméricas, y su genio tan penetrante no vió que ese ridículo orgullo de la autoctonía no era menos perjudicial a los Estados griegos, que perecían por falta de hombres, como contrario a la naturaleza y a la justicia humanas. Por último, Platón, que reconocía todos los inconvenien-